

T E M A S E S P A Ñ O L E S

186



2
PTS.

VERDUGO

G-F- 2209

ALATAÑAZOR

TEMAS ESPAÑOLES

Núm. 186

CALATAÑAZOR

Por

HELIODORO CARPINTERO

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS
O'DONNELL, 27 - MADRID

1955

DGCL
A

CALATAÑAZOR

CASTILLO DE LAS AGUILAS

A 211 kilómetros desde Madrid y a 33 desde Soria, a cuya provincia pertenece, se alza Calatañazor.

La primera ruta —que sólo puede seguirse cuando se dispone de coche— está llena de evocaciones literarias e históricas: sierra de Guadarrama, del Arcipreste de Hita; solares de la más pura castellanía: Ayllón, Riaza, el c'diano San Esteban de Gormaz, Burgo de Osma y Calatañazor.

Si se visita desde Soria, ha de seguirse la carretera Soria a Valladolid. A la salida se contempla un hermoso panorama: a la derecha, la sierra de Frentes, con su bella silueta de galeón volcado; a la izquierda, la sierra de Hinodejo. Viene luego Villaciervos, evocando la vieja estampa de las capas blancas de sus pastores; luego, la extensa paramera hasta bajar la cuesta del Temeroso. Poco antes, un sencillito indicador advierte al viajero de fina sensibilidad que allí se encuentra la desviación, y que, a los tres kilómetros, se halla Calatañazor.

¡Calatañazor! Y qué razón tenía Unamuno cuando escribió un día: «El nombre es la esencia humana de cada cosa. Un objeto cualquiera natural, una roca, un árbol, un río, un monte, un lago, un animal,

se hace humano, se humaniza y hasta se domestica cuando un hombre, en una lengua cualquiera, le pone nombre».

¿Qué árabe soñador, enamorado de este rincón maravilloso, alzó en su imaginación un castillo, disputando un trozo de aire y de cielo a las águilas? Después de desalojarlas de las altas peñas, les dió nuevo cobijo, para siempre, en el nombre que acaricia nuestros oídos: *Calatañazor*, *Castillo de las águilas*.

Lo que acaso no pudo pensar aquel árabe poeta es que el nombre que entregaba a la geografía, andando el tiempo, se lo arrebataría la historia, asociándolo —poesía y verdad— a la derrota de otra águila —Almanzor— que sembraba de angustia y de dolor los pechos cristianos de su época.

Gerardo Diego nos ha dado Calatañazor en síntesis emocional e histórica:

*Azor. Calatañazor,
juguete.*

*Tu puerta, ojiva menor,
es tan estrecha
que no entra un moro, jinete,
y a pie no cabe una flecha.*

*Descabalga, Almanzor.
Huye presto.*



*Por la barranca brava,
ay, y cómo rodaba,
juguete
el atambor.*

Desde el empalme de la carretera baja el camino por un suave trazado de curvas entre la tierra del páramo y los grises peñascales.

En la última vuelta del camino aparece, como un puro milagro, recostado en el azul del cielo, Calatañazor. Abajo, «por la barranca brava», se ha ido abriendo paso el río Milanos, constituyendo el foso natural de la fortaleza, al que unos álamos ponen la nota estremecida de su gentil verdor.

Hasta hace un instante —al llegar a esa curva del camino que nos revela el escondido misterio—, Calatañazor era sólo un nombre cargado de resonancias históricas. Ahora, el pueblo entero, colgado en lo alto, en inmediata vecindad del cielo de Castilla, se vuelca sobre nuestras miradas atónitas, nos grita alertas y nos pide «santo y seña» antes de que remontemos la agria pendiente de acceso. Estamos ante la realidad concreta de Calatañazor. Pero la verdadera realidad de Calatañazor está tejida de puro ensueño. Esto no es una metáfora. No quiero decir que Calatañazor, por su belleza, produce en su contemplador una impresión vagorosa de ensueño. Es justamente lo contrario: el ensueño se ha hecho realidad en Calatañazor. Nos damos cuenta, se quiera o no, de que estamos ante «la bella durmiente del castillo de las Águilas».

La callecita sube empinada. Al volver, a la derecha —misterio, quietud y silencio—, el espíritu se sobrecoje, porque sentimos que el tiempo ha volado, como pájaro escapado de nuestras manos, y el mundo se ha detenido un instante eterno.

Nos parecería natural que de alguno de esos balcones de madera salieran asustadas viejecitas pidiéndonos detalles de lo que acaba de ocurrir a Almanzor.

No; nadie nos pregunta. Suenan nuestros pasos. Luego, el rumor elemental y humano de los niños de la escuela nos devuelve a nuestra época como un delicioso anacronismo.

Pero es el viento, el viento de Castilla, el que nos cuenta la historia de Calatañazor. No podíamos elegir aquí mejor maestro.

¿Es éste uno de esos apartados rincones del mundo sobre los que rara vez descansa la planta del hombre?

Antes de contestar a esa pregunta, será conveniente dar un pequeño rodeo. Pensemos que al hombre moderno se le dan hechas multitud de cosas, resueltos problemas esenciales. Estas facilidades, si le son ventajosas desde muchos puntos de vista, entrañan profundas limitaciones. ¿Sabríamos viajar sin ferrocarriles ni carreteras? ¿Podríamos elegir sitio donde levantar nuestras casas? En una palabra, ¿sabríamos ser los iniciadores de la historia?

Por otra parte, la historia está condicionada en buena parte por la geografía. Esta es la que le permite o niega muchas cosas.

Quiere esto decir que tanto los hombres como los pueblos que saben tomar posesión con sus ojos de la verdad de su geografía pueden aspirar razonablemente a crear la historia debida a aquel lugar.

Hoy puede gustarnos, por motivos históricos y de belleza, este rincón en el que se asienta Calatañazor. Pero Calatañazor tiene historia y tiene belleza porque hombres infinitamente más sencillos y elementales que nosotros vieron con ojos vírgenes estos vírgenes paisajes y supieron re-

solver la incógnita que les planteaba. Aquí los hombres iban a ejecutar ampliamente el drama de la historia porque la geografía presentaba el gran escenario que se precisaba.

De un lado, Calatañazor se encuentra en la frontera del alto páramo con la vega, cortado a pico en todos sus contornos, como cortante proa, menos por el sur, que enlaza con el páramo, sólida cubierta de la nave.

De otro lado, Calatañazor está en el paso obligado de una ruta que cruza de norte a sur, con las obligadas concesiones a las desviaciones naturales; ruta local que debió ser usada por el hombre desde la más remota antigüedad. Esa vía natural pasa por Medinaceli, sigue el curso del río Bordecorex, por Yelo, empalma en Caltojar con el curso del Escalote, hasta Berlanga; se dirige a Fuentepinilla por el portillo de Andaluz, siguiendo el río de este nombre, hasta enlazar, por Calatañazor, con el Avión; cruza el portillo de Cabrejas y, desde Abéjar, bifurcaría, hacia el norte, salvando la cordillera ibérica por el puerto de Santa Inés, y hacia el oeste, por el Ebrillos, hacia Burgos.

Por último, Calatañazor se encuentra en la vía natural —que los romanos confirmaron con su famosa calzada— de este a oeste.

Se halla, pues, en el punto de intersección de las dos coordenadas. De aquí el gran valor de su situación.

CALATAÑAZOR TIENE HISTORIA

Antes nos preguntábamos: «¿Es éste uno de esos apartados rincones del mundo sobre los que rara vez descansa la planta del hombre?»

No. Al contrario. Como vemos, estamos

sobre una tierra humanizada a fuerza de sangre, de sudor y de lágrimas. Y también a fuerza de alegrías, de ilusiones y de esperanzas humanas.

Tan remota es la historia del hombre en este lugar, que sólo puede estudiarse llevado de la mano de esos singulares poetas y visionarios que son los arqueólogos, capaces de leer ruinas y de recrearlas. Por ellos sabemos que el antecedente de Calatañazor es *Voluce*.

Aquí fué localizada *Voluce* por Zurita, por Antonio Agustín, por Cortés y López. La menciona Ptolomeo entre los pelenones y se menciona también en el *Itinerario de Antonino* como mansión de la vía romana que unía Astorga y Zaragoza.

Don Eduardo Saavedra la precisó en las ruinas del inmediato cerro de Los Castejones, un kilómetro al SO. del pueblo actual. No creyó que *Voluce* correspondiera al despoblado de las Fuentes del Avión, como supuso Loperráez, pues aquéllas son ruinas romanas y debieron pertenecer a una «villa rústica», ya que su terreno llano no convenía a una ciudad celtibérica. Saavedra llegó a la conclusión de que *Voluce* estaría bajo el actual Calatañazor, y que las ruinas de Los Castejones, muy próximas a la vía romana, serían sólo un «hospitium» en ella.

Don Blas Taracena, que llevó a cabo, en 1924, interesantes excavaciones en Los Castejones, llegó a la conclusión de que «aquellas ruinas pertenecen a un poblado celtibérico construido en los siglos III-II antes de Jesucristo, y que continuó habitado sin interrupción hasta comienzos del siglo V de nuestra Era».

A continuación describe el señor Taracena los resultados de sus excavaciones. «Las ruinas de Los Castejones (lugar llamado también *Pico del Buitre* y *Cerro de los Milanos*) —dice— se hallan a poco

más de un kilómetro de la vía romana.

»Ocupan un enorme promontorio rocoso bordeado por el tajo del río Milanos, en la frontera del alto páramo con la vega, cortado a pico en todo su contorno menos en el sur, que enlaza con el páramo y donde queda defendido por una enorme muralla de 160 metros de longitud, 4,50 metros de altura y, en algunos lugares, hasta dieciocho metros de espesor.

»Al interior del poblado fué imposible determinar habitación alguna, y sí tan sólo restos desarticulados de muros de adobe.

»Se encontró abundante cerámica celtibérica de todos los tipos numantinos, especialmente roja, de pinturas negras con aves estilizadas y temas geométricos. En una tinaja, gran cantidad de trigo quemado. También se halló abundante material típicamente celtibero del final del siglo III y del II antes de J. C., mezclado con otro de tipo romano del Imperio.

»Inmediatas al pueblo de Calatañazor, ya en la vega, hay algunas sepulturas antropoides rupestres.»

Estas sepulturas están labradas en lo alto de unas rocas. Al exterior son cajas prismáticas, y el interior moldea la figura del cuerpo humano. Están orientadas de modo que la cabeza corresponde al poniente.

Abiertas al aire, nos miran con la desolación de ciegos a quienes les han estirpado sus ojos. Son cabal expresión del aniquilamiento de la muerte; son la muerte misma; humanos cuerpos en aire, diseñados por la roca. Diríase que extreman un grado más el «memento» de la ceniza, que aún es algo, por el «recuerda que eres un soplo de viento...»

Para los arqueólogos constituyen un rico material de información. Así, la docta pluma de Taracena nos alecciona sobre este

punto. «Al avanzar la Edad del Hierro, la provincia de Soria ofrece abundante información. De un lado, la huella más arcaica, los fragmentos de cerámica excisa de Garray y necrópolis de Gormaz hablan de una técnica desarrollada en España hacia el 800 a. de J. C.

De otro, en área más moderna y extensa, con tres grupos de hallazgos: a) *la cultura de los castros* (en la mitad norte de la provincia); b) *las necrópolis posthallstáticas* (zona sur y línea del Duero); c) *ruinas dispersas de aparejo megalítico*.

La cultura de los castros fué fruto tardío de las primeras oleadas célticas en España, y se debió a los *pelendones*, tribu más tarde sometida a los *arevacos*, que formó con ellos la Celtiberia ulterior.

Aproximadamente sincrónica a la *cultura de los castros* y extendida por el centro y sur de la provincia, hallamos otra caracterizada por el *conjunto de necrópolis* (que se ha denominado posthallstática por ser producto de celtas venidos a España durante el *Hallstat* europeo y que la desarrollaron por sus propios medios, mientras Europa evolucionaba influida por la cultura de *La Tène*).

Forzosamente aquí debemos acusar el hallazgo en repetidos casos de numerosas *sepulturas antropoides rupestres*, unas veces aisladas, como en Calatañazor, y otras formando más amplias necrópolis, como en *Termantia*.

Sobre este tipo de sepulturas se han escrito muchas cosas totalmente imprecisas. En general se las dice medievales, pero la proximidad de muchas a ruinas rupestres de la Edad del Hierro, y más concretamente de su segunda época, nos fuerzan a pensar en estos siglos, aceptando, no obstante, que, con variantes aún no estudiadas en la Península, el tipo haya per-

durado hasta tiempos medievales, como en Arlés (Provenza).

Los de *Termantia*, Castro, Calatañazor, etcétera, donde no se conocen otros enterramientos que éstos, son poblados que tienen de fecha común los siglos celtiberomanos.

Pocos datos más poseemos de la *Voluce* celtibérica. No pudo competir en extensión ni en renombre con Numantia y Termantia, que podemos considerar como dos joyas celtibéricas. *Voluce* no pasó de ser una aldea fortificada.

Sí puede parangonarse a *Numantia* en cuanto al florecimiento, durante los siglos III-II de un arte personalísimo de la pintura cerámica. Ambas son continuadoras de una tradición artística ibérica venida desde la costa mediterránea, que entró por Aragón y que aquí se desarrolló con arreglo al gusto céltico.

Nada puede señalarse de *Voluce* en relación con *Cartago*. Acaso salen de vez en cuando tropas mercenarias. Pero sus tierras, sus costumbres y su vida permanecen altivamente aparte. No tan aparte que no estén enterados de cuanto notable ocurre en la Península.

Cuando tras el sacrificio de Sagunto (219 a. de J. C.), ante el cual Roma ha procedido con una calma y una inacción difíciles de comprender para nosotros, el Senado romano decide, en hora trascendental para su historia y para la nuestra, la expansión de su imperio por occidente, y se inicia la segunda guerra púnica. *Voluce* es invitada a unirse a la República, responde con graves y razonadas palabras, que la tradición conserva: «Guardad vuestro apoyo para los pueblos que no tengan noticia de los desastres de Sagunto, cuyas ruinas serán para los españoles una triste pero insigne lección que les enseñe la nin-

guna confianza que deben tener en la fe y sociedad romana.»

Esta opinión adversa tuvo que corroborarse tras el doloroso y trágico capítulo de Numancia (133 a. de J. C.). La fuerte personalidad creadora de una cultura celtibérica se debate angustiosamente ante el incontenible poderío de Roma. Esta agonía debió de prologarse, según afirma Taracena, «hasta tiempo de Octavio, que con la fundación de *Augustóbriga* (Muro de Agreda) y la construcción de la vía de *Asturica* (Astorga a *Caesaraugusta* (Zaragoza), sentó el más sólido cimiento a la romanización comarcal».

El estudio de las guerras celtibéricas ha dado ocasión al profesor Schulten para discurrir acerca de los caminos naturales de penetración en la meseta y la red de comunicaciones comarcales durante los siglos II y I antes de J. C. Desgraciadamente, no hay que esperar restos materiales de los caminos anteriores a la guerra numantina.

El profesor Schulten señala los siguientes caminos romanos en esta comarca del alto Duero:

Uno, a lo largo del Jalón, coincidente con el trayecto final de la vía 24 del Itinerario. Piensa que servía de unión con la costa valencia y supone ya abierto en sus pasos difíciles por Catón desde el año 195 antes de J. C.

Otro del Jalón al Duero, que iría desde la desembocadura del Nágima, por donde hoy el ferrocarril Ariza-Almazán, a esta villa y a Numancia, siendo quizá el primero utilizado; otro desde Medinaceli a Almazán y Numancia por Beltejar y Radona, que supone se empleaba el año 153, cuando los romanos, sometida la Celtiberia citerior y trasladando su base de operaciones del Ebro al Jalón, tenían en *Ocilis* los almacenes de su intendencia,

y el camino directo de *Bilbili* a Numancia por la Vigornia o sea el que sigue la actual carretera de Calatayud a Soria.

Tres caminos directos del Ebro a Numancia: uno, por *Balsio* y *Turiaso*, coincidente con la vía 27 del Itinerario, que, por pasar junto a los campamentos de Renieblas, supone en uso, al menos, desde el año 153, y que continuaría al oeste, por *Uxama*, hacia los *vacceos*; otro, desde *Calagurris* a Numancia, por el Cidacos y Oncala, utilizado en la guerra sertoriana, y otro, desde el mismo río, por *Vareia* y Piqueras a Numancia, también utilizado por Sertorio.

Y, por último, el camino de *Uxama* a *Termancia*, por Gormaz la *calzada de Quinea* del Poema del Cid, que Pompeyo recorrería en su campaña del año 141 y el de Salduero, por el Puerto de Santa Inés, vía de acceso a la 27 del Itinerario. Taracena piensa que muchas de estas líneas cubrieron rutas abiertas y seguidas por los indígenas.

De todas las vías y caminos romanos que acabamos de señalar debemos destacar particularmente uno: la vía de *Asturica* a *Caesaraugusta*, el camino más importante a través de la meseta castellana, número 27 del Itinerario, estudiada en parte y con toda minuciosidad por don Eduardo Saavedra. El estudio, modelo en su género, del señor Saavedra, se refiere a la porción comprendida entre *Uxama* (Osma) a *Augustóbriga* (Muro de Agreda). En esta vía y porción se encuentran *Voluce*, Numancia, el campamento romano de Renieblas y *Augustóbriga*.

Desde aquí continuaba hacia el este por *Aregrada* (Agreda), *Turiasone* (Tarazona), empalmando un poco al sur de *Cascantum* (Cascante), con la de *Calagurris* (Calahorra) a *Caesaraugusta* (Zaragoza).

Ya se comprende la importancia que

suponía para *Voluce* encontrarse en vía de tanta categoría, desde todos los puntos de vista. Y nos muestra, al cabo de los siglos, que, a pesar de tratarse de un pueblo pequeño, sus admirables condiciones naturales le habían otorgado tal privilegio.

En la antigüedad, como hoy —subraya agudamente Taracena—, esta vía que une Soria con la vega de Tarazona, rica en frutos de que la meseta carece, debió de ser principal camino comercial para ciertos aprovisionamientos, al mismo tiempo que de exportación de cereales y lanas, de que siempre la llanura numantina habrá tenido superproducción. Su trayecto occidental seguramente se utilizaría para la trashumancia hacia territorios de *vacceos*, según con referencia a siglos anteriores hemos podido constatar a través de los tipos de fortificación célticos, celtibéricos del siglo III y parentescos cerámicos del siglo I antes de J. C.

Por esta vía llegó, sin duda, a *Voluce*, la buena nueva, es decir, el Evangelio.

Los cuatro siglos de prosperidad material y espiritual alcanzados bajo el dominio romano se interrumpen brusca y violentamente con la invasión de los bárbaros germanos. Vuelven los poblados a trepar a las alturas y atrincherarse tras las murallas. ¿Fue entonces, y por razones que hoy ignoramos, cuando *Voluce* tomó su nuevo y definitivo asiento? Nos parece lo más probable.

«Renace entonces —dice el P. Pérez de Urbel—, como una fuerza nueva, el sentimiento de las viejas nacionalidades, y de él se hace eco el historiador español de aquellos días, Paulo Orosio. Recuerda con entusiasmo que sus compatriotas lucharon durante siglos contra el empuje de las legiones; se muestra orgulloso de aquella resistencia heroica y le parece más alta la

gloria de Numancia vencida que la de su rival victoriosa.»

Es el momento en que los cántabros empiezan a sentir sus antiguas ambiciones y la laga del orgullo herido por la conquista romana. Los reyes bárbaros apenas se atreven a pisar la inaccesible cordillera que los defiende. A lo más se vengan de sus rebeldías asolando sus costas. «Es entonces —sigue diciendo el P. Pérez de Urbel— cuando el nombre de Cantabria empieza a extenderse a la región llana del Ebro.» Se sabe, por la crónica del Biclarense, que el año 574 Leovigildo «entrando en Cantabria, mata a los que saqueaban la provincia, ocupa Amaya, se apodera de sus tesoros y sujeta la provincia a su dominio». Pero los cántabros del interior siguen sin dominar y de vez en cuando dan sus zarpazos. Sisebuto (612-621), que los incorporó al reino visigodo, al dar cuenta a San Isidoro de su expedición, le habla del «cantaber horrendus» (ásperos cántabros), y su solo nombre evoca a San Isidoro la imagen «de una bravura indomable, de un ánimo fuerte y pertinaz, apto para la guerra, propicio al bandidaje y duro para recibir el golpe del azote».

Señalamos esta característica de independencia y de ansia de expansión de los cántabros, como antecedente directo del sentido de independencia y de ansia de hegemonía que será la característica de un pueblo que ha de nacer: Castilla.

Tres siglos abarca la dominación visigoda. Si en un principio ha habido una división profunda entre hispanorromanos y godos, luego, como dice Ballesteros-Gaibris, «en el progreso de los tiempos, el acomodo de los visigodos es cada vez más fuerte dentro del suelo hispano, aceptan plenamente esa trama impalpable que es la costumbre de mil pequeños detalles que distinguen a unos países con otros y se

van paulatinamente españolizando. Paralelamente al fondo racial hispanorromano va viendo en los visigodos, no un opresor sencillamente, sino un nuevo dominador con quien es preciso convivir y al que hay que aceptar con amistad».

Hasta tal punto ocurre así, que, cuando en 711 sucumbe la monarquía goda bajo el alud musulmán y huyen los cristianos hacia las tierras del norte (siete años median entre Guadalete y Covadonga) y se dibujan dos focos de rebeldía, uno en la zona occidental de los Picos de Europa y otro en la oriental, Asturias y Cantabria con Pelayo y el duque Pedro, respectivamente, y el primero se organiza en Reino de Asturias, «aquél minúsculo reino —escribe Menéndez Pidal— quiere encargarse de la reconquista de España entera, restaurando el reino goda en su totalidad». Con ese sentido imperial y aferrado a un pasado glorioso, cuya tradición quiere proseguir en toda su integridad, se produce el gran hecho histórico de la reconquista.

«En el extremo oriental del reino —sigue diciendo Menéndez Pidal—, en contraste con él, se levanta Castilla, un país nuevo; su mismo nombre es un neologismo (o palabra nueva) para Alfonso III: «Vardulia, que ahora se llama Castilla». Es una *marca* fronteriza, *Castella*, esto es, «los castillos», que en el siglo ix defienden el desfiladero de Pancorbo, los castillos que en el siglo x protegen la línea del Duero, nueva frontera alcanzada a fuerza de mucha sangre.»

Si en este tiempo Castilla ha sido bautizada con sangre, también lo ha sido, sin duda de igual manera, la vieja *Voluce*, que ahora se llama Calatañazor, nombre que le ha otorgado un árabe poeta.

La historia soriana de los siglos VIII al x es una historia fabulosa e increíble. Los árabes han atravesado la provincia lle-

vando en vanguardia a los cristianos, que huyen desde el sur de la Península, y a los que se une una gran parte de los que habitaban esta región.

Al primer golpe de vista el invasor mide pronto el valor militar de esta comarca, que forma la torre del homenaje del baluarte que es la meseta central castellana.

Cuando tras la derrota musulmana de Covadonga se produce el movimiento de resaca de las fuerzas moras, hallan apoyo en la Ibérica, que forma el bastión norte de la actual provincia de Soria.

Detrás, el foso del Duero, que, como se sabe, es uno de los «cinco ríos cabdales...; e cada uno dellos tiene entre sí et ell otro grandes montañas et tierras», al decir de la pluma gentil del Rey Sabio.

Aún refuerzan los árabes la línea del Duero con un admirable sistema de castillos y fortalezas que convierten en casi inexpugnable este sector del gran río: Calatañazor en punta de proa. Detrás, la gran línea que comprende las fortalezas de Agreda, Almenar, Peñalcázar, Almazán, Berlanga, Gormaz, San Esteban y Osma. Y éstas, unidas por multitud de vigilantes atalayas.

Detrás, en Medinaceli, el puesto de mando, residencia del gobernador, fortaleza reina de las fortalezas.

Y al servicio de todo este dispositivo bélico, y como red nerviosa, el conjunto de calzadas romanas que mantiene unida Córdoba a la cabecera del Duero.

En esta situación, permanece la actual provincia de Soria más de dos siglos bajo el dominio exclusivo de los árabes.

Si queremos medir la estimación con que Córdoba distinguía a estas tierras, basta fijar nuestra atención a dos obras: una, el castillo de Gormaz, «ejemplar único —dice el P. Pérez de Urbel— de la arquitectura militar del califato, como la mez-

quita lo es de lo religioso y Medina Azahara de lo palatino»; otra, San Baudelio de Berlanga, «el ejemplar más mahometano de la arquitectura mozárabe», al decir de Lampérez y Gómez Moreno.

Pero ni con dureza ni con muestras de estimación se logran posesionar los dominadores del alma de esta «Castilla guerrera».

Si permanecen tanto tiempo sobre su suelo es porque Castilla tiene que resolver a un tiempo dos difíciles problemas: uno, interior —su independencia, como Estado soberano, frente a León—, y otro, exterior, su liberación del yugo musulmán, doblemente odioso, por musulmán y por mahometano.

En el primer cuarto del siglo x, Ordoño II de León penetra por tierras sorianas y de Guadalajara y se anota un éxito militar en San Esteban de Gormaz. De aquí en adelante, los nombres de estos castillos aparecerán muchas veces como protagonistas de la lucha y con victorias alternas.

La parte norte de la provincia fué ocupada en 926 por Navarra e incorporada al obispado de Tarazona.

IBN ABI 'AMIR, EL FAVORITO

Paralelamente a la acción decidida y constante frente al poder musulmán, Castilla va logrando a fuerza de tesón su gran aspiración interna. «Hacia 931 —escribe Menéndez Pidal—, Fernán González, reuniendo en su persona varios condados menores, constituye el gran condado de Castilla, con una extensión territorial como no había otro en toda España. Castilla, siempre precoz en sus iniciativas, lleva a cabo esta unificación casi dos siglos antes que, obedeciendo a la misma necesidad his-

tórica, se unificase el gran condado de Barcelona. Pero el rey de León quitaba y ponía a voluntad los condes de su reino; Fernán González fué removido varias veces de su condado por Ramiro II, y sólo tras la muerte de este poderoso rey, en 951, queda como conde inamovible que trasmite el condado por herencia a sus descendientes.»

¿Qué era, antes de Fernán González, Castilla? El poema nos responde cumplidamente:

*Entonces era Castiella un pequeño rincón
era de castellanos Montes d'Oca mojón,
e de la otra parte Fitero el fondón,
moros tenían a Caraco en aquella sazón.*

*Era toda Castiella sólo una alcaldía
maguer que era pobre e de poca valía,
nunca de buenos homnes fué Castiella vazía,
de cuáles ellos fueron parece hoy en día.
Varones castellanos éste fué su cuidados:
de llegar su señor al más alto estado.
De una alcaldía pobre fiziéronla condado,
tornáronla después cabeça de reinado,
Hobo nombre Fernando el conde de primero,
nunca fué en el mundo otro tal caballero,
éste fué de los moros un mortal homicero,
diciénle por sus lides el buitre carnicero.*

Y como buitre al acecho, pudo conservar intacta la frontera meridional del Duero, luchando año tras año contra el califato.

Ahora, como escribe el P. Pérez de Urbel, «grande podía ser la satisfacción del conde al tender la vista en torno suyo y ver la transformación que se había realizado en Castilla durante los cuarenta años de su gobierno.

»¡Qué diferencia con aquella región esclavizada, dispersa, amorfa, dividida en una docena de condados, que él había visto en sus mocedades! Y era él quien la había ampliado, unificado y libertado; quien le había dado la conciencia de su poder y le

había infundido un ímpetu incontenible de acometividad que hacía temblar a moros y cristianos ante el esfuerzo de la «Castella bellatrix», la Castilla guerrera, como decían los cronistas. Todos los títulos condales habían quedado vinculados a su persona; él era conde de Castilla y de Alava, de Lara y de Nájera, en Lantarón y en Gormaz. Como conde de Alava, su dominio se extendía más allá de Orduña, por toda Vizcaya, y más allá del Deva, por gran parte de Guipúzcoa; como conde de Castilla, dominaba en toda la Cantabria antigua, de donde habían descendido sus antepasados; por el norte, hasta el mar, y por el oeste, hasta las Asturias de Santillana, donde afirma su autoridad con el título de conde Asturiense. Desde allí, los límites del condado se prolongan hasta las fuentes del Pisuegra; siguen luego la cuenca de este río hacia Torquemada, recorren la región del Esgueva y suben hasta las primeras estribaciones del Guadarrama, comprendiendo los territorios de Cuéllar, Sepúlveda y Montejo. Y ha podido conservar intacta la frontera meridional del Duero, que va desde Langa hasta Vinuesa, luchando solo, año tras año, contra los mejores generales del Califato.»

El año 970 murió Fernán González. Fué enterrado en el monasterio de Arlanza. Un monje escribió estas escuetas y profundas palabras: «Murió el siervo de Dios Fernán González, conde, en el mes de junio del año que corre.»

Aquel año cumplía los treinta un servidor de la administración de Al-Hakan II, joven extraordinariamente inteligente y aterradoramente ambicioso. Era hijo de una familia árabe de buen linaje, naciendo en Torrox, cerca de Algeciras, donde sus padres poseían tierras. Se llamaba Ibn Abi 'Amir, y su nombre, por aquel entonces,

era totalmente desconocido en Castilla, y ni siquiera popular en Córdoba. Sólo se pronunciaba en el reducido círculo de la corte del califa. Comenzó en ella a prestar sus servicios el año 967 como administrador de los bienes de la favorita del califa, llamada *Subh*, la vascona (por nombre cristiano Aurora). Esta joven vasca dió descendencia a Al-Hakan II, y por ello se constituyó en su favorita y fué la decidida protectora del joven administrador. Se sospecha que fué su amante, si no ya entonces, por lo menos después de la muerte del califa.

Dispuesto a triunfar a cualquier precio, se atrajo el favor de todas las mujeres de la corte a fuerza de atenciones y obsequios. Parece que un día comentaba el propio califa: «¿Por qué hábiles manejos se atrae este muchacho a todas mis mujeres y se hace dueño de su corazón? Aunque se vean rodeadas de todo el lujo del mundo, no aprecian más regalos que los que proceden de él, ni gustan de otras cosas que de las que él les trae. ¿Hay que pensar de él que es un sabio mágico o un servidor admirablemente diestro? En todo caso, siento cierta inquietud por los fondos públicos que maneja.»

Esta inquietud le proporcionó un nuevo triunfo. Fué denunciado y tuvo que rendir cuentas. Pudo hacerlo porque un amigo suyo suplió el déficit de la caja, quedando públicamente fortalecido.

El 1 de octubre de 976 murió Al-Hakan II y comenzó la gran carrera de Ibn Abi 'Amir. Su sabia pluma de jurista redactó el acta de investidura del heredero, todavía niño, Hisham II. Quedaron como tutores Al-Mushafi e Ibn Abi 'Amir. *Subh* se sentía temerosa por el porvenir de su hijo. La tranquilizó su amigo, planeando la reorganización de sus fuerzas y constituyéndose él mismo general de dichas fuerzas. Hizo

una primera salida de tanteo en febrero de 977, y si los resultados no fueron notables, tuvo habilidad para iniciar su popularidad.

Le estorbaba su adjunto Al-Mushafi y no vaciló en sacrificarlo. Todo quedaba a merced de un continuo juego de mercedes y traiciones, usando de unas y otras con arreglo a la oportunidad.

Se atrajo al gran general y poeta Galib, gobernador de Medinaceli, y juntos hicieron una victoriosa excursión cerca de Madrid, por la que adquirió nuestro personaje el título de «Prefecto de Córdoba».

Al-Mushafi quiso contratacar, pidiendo a Galib la mano de su hija Asma para un hijo suyo. Cuando el contrato matrimonial estuvo extendido, se cruzó Ibn Abi 'Amir con un golpe fulminante. Pidió a Galib que rompiera aquel contrato, porque era él quien pedía a 'Asma por esposa. A comienzos de 978 se celebró con gran esplendor la ceremonia de la boda. Poco después caía en desgracia Al-Mushafi; Mientras tanto, él construía, en las afueras de Córdoba, el palacio Madinat al-Zahra.

Sofoca con crueldad una conjura que estuvo a punto de derrocar al pequeño califa, y con sutil maldad lo va él anulando, rodeándole de blandura y de sensualidad. Cuando *Subh* descubre la refinada maldad es tarde para el remedio.

Sólo falta un paso por andar, y no duda Ibn Abi 'Amir en darlo. En 981 anuncia al pueblo que el califa desea dedicar su vida a los ejercicios de piedad y que ha delegado en él toda su autoridad. Así inicia la etapa de reinado efectivo.

En Medinaceli, Galib se opone a esta última maniobra. Pero es fulminantemente sustituido y estalla el conflicto. Galib pide ayuda a los cristianos. Cerca de Atienza se produce el choque. La victoria del Amiri es completa. Muere Galib y el yerno envía

su cabeza a Córdoba para que 'Asma la contemple. Muere el príncipe de Pamplona, y Garci Fernández de Castilla —hijo y sucesor de Fernán González— logra huir.

Es entonces cuando Ibn Abi 'Amir elige el título de *Al-Mansur billah* («el victorioso por Allah»), que debe pronunciarse desde los almimbares de todas las mezcitas andaluzas, y que pronunciarán, de aquí en adelante, con amargura y espanto, todos los pechos cristianos.

EL VICTORIOSO POR ALA

Puede afirmarse, sin temor de equivocarse, que cuando el Amiri tomó la decisión de adoptar el título de *Al-Mansur* —Almanzor en bocas cristianas—, nada hay más lejos de su espíritu que el nombre del lugar soriano denominado Calatañazor. Sin embargo, aquí le tiene citado el destino, y la Historia unirá para siempre esos dos nombres.

Aun cuando algún mago le llamara hoy su atención, sonreiría burlón. Faltan veintidós años para que se cumpla esa cita del destino. Les separan ríos de sangre, montañas de ruinas, clamores de dolor y de triunfo. Le falta vivir los sueños que soñó cuando era muchacho y sentía hervir su alma en ambiciones de grandeza. Es verdad que a su espalda han quedado aniquilados muchos a los que él traicionó, pero piensa que en ese diabólico juego sólo es traidor el vencido. Ahora no tiene tiempo más que para saborear su gloria y ejercer su poder.

Cuando, instigado por *Subh*, el sedicente califa inicia una tímida tentativa para recobrar su poder soberano, Almanzor saca todo el oro de palacio y lo deposita en las arcas del tesoro público. Y luego organiza un cortejo público, paseando por

las calles de Córdoba a Hisham II, con el cetro en la mano y un turbante a modo de tiara. Los que aplauden, ingenuos, están muy lejos de suponer que lo que han aplaudido no es más que una mascarada.

De modo más o menos encubierto, se deshace de todos los que juzga enemigos o molestos.

¿Con quiénes se enfrenta Almanzor en los reinos cristianos?

Veámoslo de modo esquemático.

En el reino de León se enfrenta sucesivamente con Ramiro III, con Vermudo II y con Alfonso V, con éste los tres últimos años de su vida, que corresponde a la minoría de edad del rey niño leonés.

Durante la etapa de estos monarcas León vive días aciagos. Ramiro III llega al trono a los cinco años. Queda el reino en manos de doña Elvira, que vivía retirada en un convento, y sale de él para llevar la regencia con un consejo de obispos y de abades.

Los siempre inquietos condes se alzan en rebeldía —apoyados más o menos directamente por Córdoba—, y en horas en que se precisaba la unión más estrecha frente al gran enemigo, estalla en León la guerra civil entre los partidarios de Ramiro III y los de Vermudo II. Este, en 948, se apodera de León, y poco después muere Ramiro III. Pero su madre, doña Teresa, acude solicitando ayuda de Almanzor, cosa que también pide Vermudo —ofreciendo mejores condiciones que su rival—, y León queda mediatizado por Córdoba y las tropas de Almanzor ocupan León «para garantizar el orden», mientras los condes leoneses partidarios del bando del rey muerto se refugian en Córdoba.

Ya veremos hasta qué punto se aprovecha Almanzor de estas debilidades y de estas luchas fratricidas de los leoneses.

En Castilla se enfrenta Almanzor con los



condes Garci Fernández y con Sancho García, hijo y nieto, respectivamente, de Fernán González.

Garci Fernández, «el conde de las manos blancas», mantiene el tesón combativo que caracterizó a su padre, el creador de Castilla, y constituye de hecho el verdadero antagonista de Almanzor y el único capaz de preocuparle.

En los comienzos de su condado recupera Gormaz y extiende su frontera hasta las rocas de Atienza y Sepúlveda.

Luego resiste el empuje de Almanzor y sufre con indecible entereza los zarpazos que le arrancan algunas de sus queridas fortalezas.

Pero mantiene a salvo el corazón del condado. Y Almanzor opta por combatirle por otros medios. Luego veremos cómo maneja a la «condesa traidora» y al hijo rebelde. Por estas heridas entra la figura de Garci Fernández en la leyenda. Y muere con suprema dignidad castellana. Diríase que la Providencia le depara el desquite de vencer, ya muerto, a Almanzor a través de la arrepenida conciencia de su propio hijo. Y que la Providencia le evita contemplar lo que a él causaría el mayor horror y desgarramiento.

En resumen, si la reconquista cristiana no se hundió totalmente bajo la presión de Almanzor se debió a Garci Fernández y a la desesperada resistencia de Castilla, que supo soportar los duros golpes sin abatirse, resguardando los puntos vitales del condado y sacrificando lo menos al enemigo. De otro modo, la reconquista cristiana habría acaso tenido que replegarse de nuevo en los montes cántabros, esperando que apareciera el nuevo Pelayo.

En Navarra se enfrenta Almanzor con la debilidad de Sancho Garcés II, Abarca. Si en un principio pareció que iba a cola-

borar con decisión con el conde castellano, luego se arrepiente y opta por el camino de comprar la paz —lo que, naturalmente, no consiguió—, aun a precio de su deshonra.

Siguió a Sancho Abarca, García Sánchez II, el Temblón. La cortedad de su reinado hace que no pueda considerársele como posible contradictor de Almanzor.

Es Sancho III, el Mayor, el que coincide con los dos últimos años de Almanzor. Tiene, por tanto, la oportunidad de presenciar el ocaso del diabólico personaje.

En cuanto al condado de Cataluña, Almanzor encuentra la complacida actitud de pleitesía de Borrel II, quien, sumisamente, paga tributos y envía embajadas a Córdoba.

Tanta complacencia no evitan a Barcelona las jornadas de horror y saqueo que un día les hiciera Almanzor, desgarrando la hermosa ciudad en 985.

En conclusión, mientras Córdoba vive su gran época militar y política —no se olvide que esa doble condición resplandece en Almanzor—, los estados cristianos, a excepción —aun con muchas reservas— de Castilla, no ofrecen la cohesión, el sentido político y la conciencia histórica de los tiempos con que se enfrentan.

La figura, grande de por sí, de Almanzor, se proyecta con mayor altura merced a la escasa de sus oponentes, ya sea por la miopía producida por los odios fratricidas, por debilidad o por indiferencia. Cuando, aun con desproporción de medios, se está dispuesto a todo lo que viniere, menos a entregar la tierra sagrada, se comprueba que no hay enemigo que sea absolutamente invencible. Lo malo para Castilla es que Almanzor usó de todos sus ardis políticos para atacar al corazón del buen conde con perfidias y malas artes. Y de rechazo lo sufrió Castilla.

De la doble personalidad de Almanzor, como político y como guerrero, y sin menospreciar a ninguna de ellas, creemos que fué superior la primera sobre la segunda. Muchas de sus victorias estaban previamente ganadas por sus habilidades políticas. Almanzor conoce día por día cuanto ocurre en los reinos cristianos. Sabe sembrar discordias y recoge los frutos de éstas y de las que se producen sin necesidad de que él las siembre.

Siendo, como es, un notable guerrero con las armas, es un consumado luchador en la guerra psicológica, que mantiene constantemente viva. Sabe adular al rencoroso y prometer al descontento. Y sabe utilizar la fuerza que representa en la Historia la mujer.

Con aguda razón ha señalado Menéndez Pidal: «Una de las características más distintivas de Almanzor creo ha de ser la de haberse servido en su carrera siempre de las mujeres: primero, acercándose a las señoras influyentes, como cualquiera otro vulgar ambicioso, y después, en modo más particular, para sus fines políticos.»

Inicia su carrera política captándose la simpatía de la favorita de Al-Hakan II, Aurora la vascongada, a fuerza de regalos y homenajes. Luego extiende sus redes en el propio harén del califa, que queda cándidamente asombrado de tanta audacia y de tantos triunfos del joven funcionario.

De la mano de Aurora subió el futuro Almanzor los primeros peldaños de la escala de sus ambiciones. No pudo ella, o no quiso, ver las intenciones que guiaban a su audaz amante. Andando los años fué la madre la que reaccionó ante la deslealtad. Era ya tarde. La primera víctima de aquellos amores falaces fué Hisham II, el hijo de Aurora.

Después de esa gran jugada política,

nuevas mujeres irán jalonando los triunfos de Almanzor.

Arrebataría la novia a su adjunto en la tutoría del pequeño califa, la joven 'Asma, obligando a que su padre, el gran general Galib, falte a la palabra empeñada y rompa el primer contrato matrimonial. Y no se limitará a jugar con baraja de mujeres moras —o islamizadas, como la vasca Aurora—, sino que pondrá especial cuidado en llevar a su harén a princesas cristianas para mayor humillación de sus enemigos.

Inicia la vergonzosa serie Sancho Abarca de Navarra, entregando a su hija Abda, que islamizó «con islamismo excelente». «Este hecho —dice Menéndez Pidal— por sí solo es muy significativo, pues cuando el rey de Navarra se decide a hacer tan singular regalo no iniciaría, probablemente, una costumbre.»

Sabido es que Sancho Abarca no logró el resultado que espera de aquel acto deshonroso. Vencido y humillado, aún pidió permiso a Almanzor para ir a Córdoba para ver a su hija y a su nieto 'Abd al-Rahman, a quien todos llamaban *Sarchuelo*, visita que estuvo colmada de vergonzosas pleiteías.

Años más tarde, Vermudo II de León, en un reino corroído por la guerra civil y en la puja frente a doña Teresa, la madre de Ramiro, para ver quién de ellos se atraía el favor de Almanzor, ofreció en obsequio a su hija, la princesa Teresa. Un grupo de nobles leoneses la condujeron a Córdoba. La historia ha conservado memoria de unas palabras de la desventurada joven. Ellas hacen pensar que acaso alguno de sus aguerridos acompañantes le indicara la semejanza de ella con Judith. También a ella le dijeron: «Vete en paz, y que el Señor vaya delante de ti para que nos vengues de nuestros enemigos.»

Se sabe que Teresa respondió: «Una nación debe confiar la guardia de su honor a las lanzas de sus guerreros, y no a los encantos de sus mujeres.»

Teresa no fué Judith. Tampoco dió hijos a Almanzor. Menos aún se islamizó. Cuando el tirano murió, salió de Córdoba y, sin detenerse en León, ingresó en el convento de San Pelayo, en Oviedo.

Quedaba Castilla por sufrir una afrenta semejante. Y fué Sancho García, nieto de Fernán González, quien se la ofreció. Instigado por su madre, «la condesa traidora», y por Almanzor, se alzó en rebeldía contra su propio padre, Garci Fernández. Este, en un derroche de vergüenza y hombría, prosiguió, desamparado de los suyos, la lucha contra Almanzor. Fué herido y hecho prisionero entre Langa y Alcozar —la línea media que tan bravamente defendió siempre—. Murió en Córdoba. Fué entonces cuando Almanzor recibió pleitesía del joven conde castellano. Y para sellar aquella amistad, Sancho García envió a una hermana suya, cuyo nombre celaron las crónicas. Parece que fué Oneca, también monja a la muerte de Almanzor.

AZOTE DE DIOS

La muerte del conde Garci Fernández y el envío de Oneca al harén de Almanzor fueron cosas que impresionaron fuertemente en Castilla. Este sentimiento de dolor y de deshonor abrió su cauce en la leyenda, que constituye una requisitoria contra la condesa extranjera, «la condesa traidora», la pirenaica Aba, por la que los castellanos sintieron viva antipatía.

De los tres relatos que refieren este tema —la crónica de don Rodrigo Ximénez de Rada, 1243; la Primera Crónica General de España, hacia 1289, y la Crónica Najere-

rense, hacia 1160—, esta última, la más antigua de las tres y la más recientemente conocida, es la que presenta más rasgos históricos.

Según la Crónica Najerense, Almanzor envió un insidioso mensajero a la condesa con engañosas palabras de amor y preguntando diabólicamente si no prefería ser reina a ser condesa. Seducida por tales ofrecimientos, la condesa sólo pensó quitar el obstáculo que se lo impedía: decidió deshacerse de su marido.

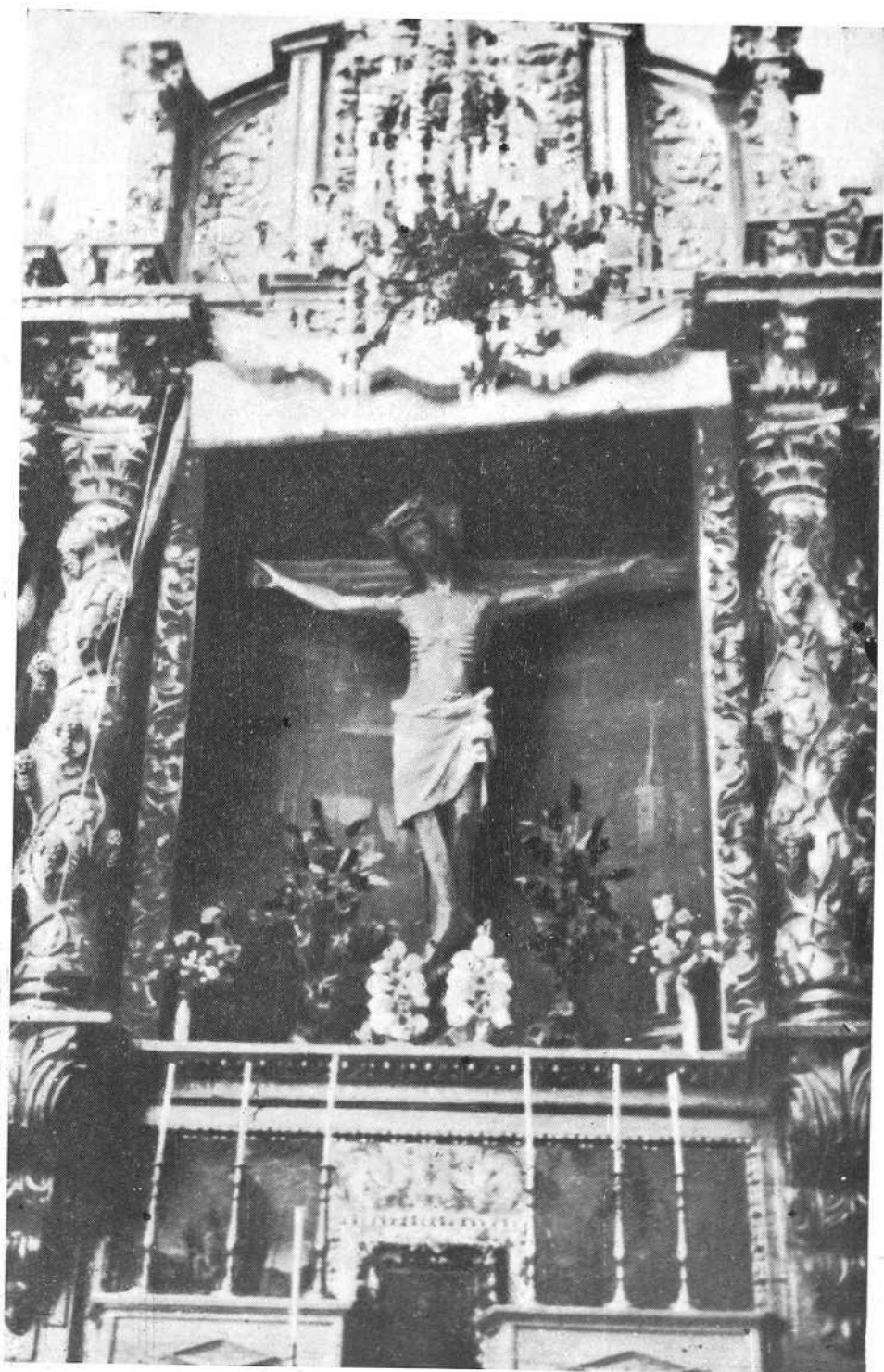
Deja sin alimento al caballo del conde, hace que éste licencie a sus caballeros para que celebren en sus casas la Navidad y anuncia todo esto a Almanzor. El mismo día de Navidad un selecto grupo de Almanzor entra en Castilla. Sale el conde con su proverbial ardor y en la desigual pelea desfallece el caballo. El conde es herido, preso y llevado a Córdoba, donde muere.

Entonces Almanzor devastó toda Castilla y Sancho García y su familia se refugiaron en el castillo de Lantarón. Allí pide la paz y se dice que entregó a su hermana.

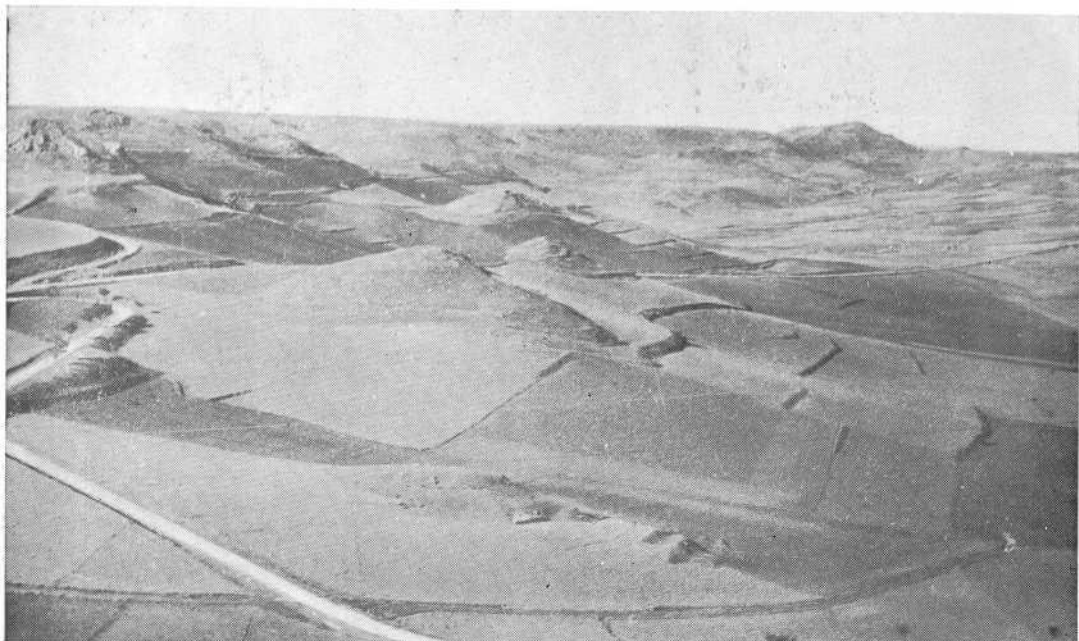
La condesa madre prosigue sus maquinaciones. Ahora intenta matar a su hijo y le prepara una bebida venenosa. Pero una morita le previene. Llega el hijo cansado y su madre le ofrece la bebida. Pero el hijo hace que beba ella primero. Cae muerta.

El conde se enfrenta con Almanzor, y éste, en su huida, muere. Don Sancho destruye Córdoba y rescata el cadáver de su padre.

Envuelta en la ruda y virgen poesía popular, Castilla funde algo que fué verdad con algo que ella quería que fuese verdad. Algo queda silenciado en ella: la actitud rebelde de Sancho, que también cayó en las redes diabólicas de Almanzor, cuando éste quiso aplicar a Garci Fernán-



El Santo Cristo de Calatañazor (siglo XV)



Medinaceli: El cerro del Cuarto, donde la tradición señala la tumba de Almanzor

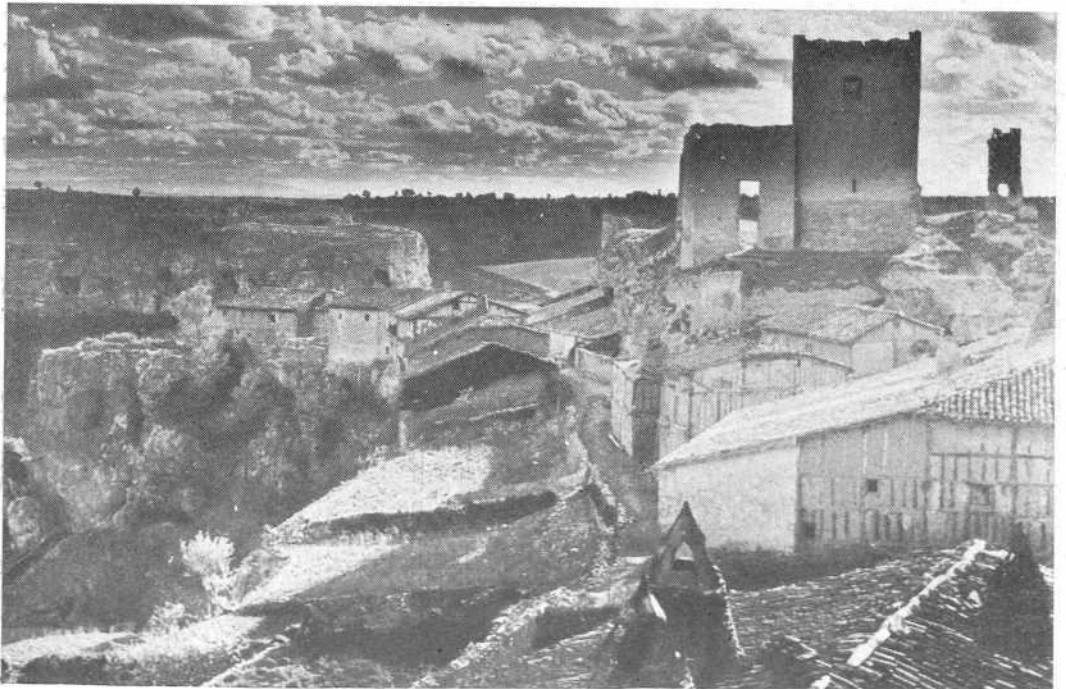
Castillo de los Padilla, de Calatañazor

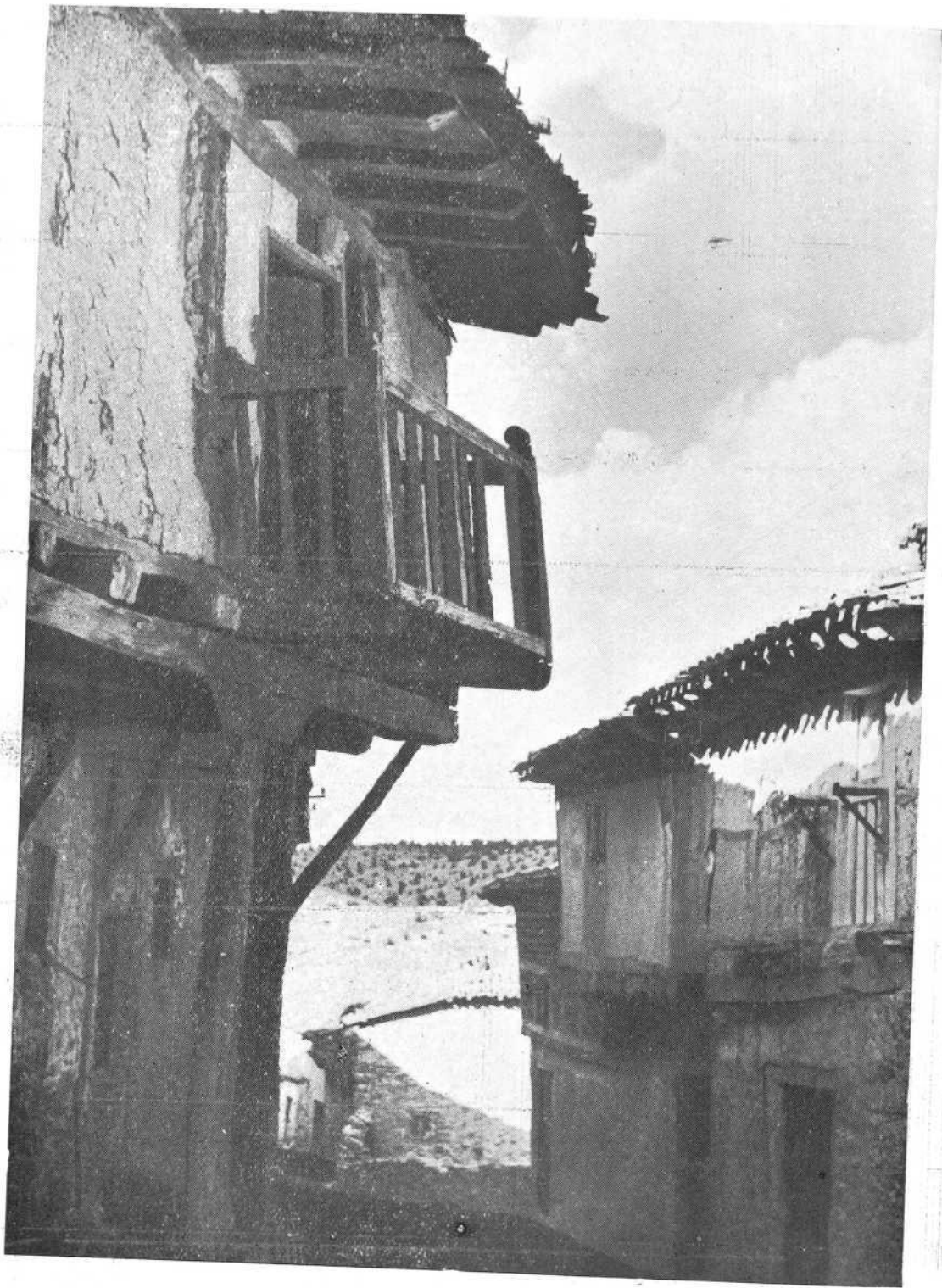




Calatañazor: Vista al oeste desde el castillo

Vista de Calatañazor, desde el Castillo





Casas típicas de Calatañazor

dez la ley del tali6n. El conde castellano favoreci6 la insurrecci6n de 'Abd Allah, el hijo de Almanzor. Y 6ste alz6 a Sancho Garc3a contra su padre.

Las cr6nicas dejan clavada en su soberbia y en su lujuria a la condesa Aba, que tanto da1o produjo a Castilla.

Detr3s de estas mujeres, anhelosas o desalentadas, est3 el 6sp3ritu diab6lico de Almanzor.

Si, como vemos, Almanzor ha sentido una maligna fruici6n en deshonar a sus rivales en las personas de sus hijas, hermanas o esposas, tambi6n siente una particular y refinada maldad: la de afrentar a todos los pechos cristianos, arrasando y pisoteando los monasterios y santuarios m3s queridos; en la expedici6n contra Barcelona, en 985, despoja los *monasterios de San Cugat y el de San Pedro de los Puelles*; en la de 988, contra Le6n, son devastados los *de San Pedro de Eslonza y el de Sahag6n*; en la expedici6n contra Galicia, en 997, es arrasada *la bas3lica de Santiago*. S6lo respet6 el sepulcro del Ap6stol y al monje que lo custodiaba. En la 6ltima expedici6n guerrera, que fu6 a Castilla, saque6 el *Monasterio de San Mill3n*, patrono de Castilla.

... otro santo,
muy devoto a maravilla,
hay, que yace en nuestra tierra,
que San Mill3n se dec3a,
al cual damos nuestro estado,
porque el nos amparar3a.

El da1o y la ofensa est3n producidos con frialdad y con c3culo. Almanzor no es un fan3tico religioso. Se sirve de la «guerra santa» para sus fines de ambici6n y de mando. Se complace en el mal por el mal, en la humillaci6n, por cuanto sirve para restar fuerzas y permitir mayor bot3n.

Almanzor realiz6 victoriosamente unas

cincuenta expediciones militares. No conquista para guardar las tierras conquistadas, sino para saquearlas, arruinarlas y arrasrarlas. Captura esclavos y arrebatara riquezas. Pero abandona la tierra conquistada, dejando a su espalda, convertidas en ruinas, Barcelona, Le6n, Zamora, Burgos...

De todas las expediciones militares de Almanzor queremos fijar brevemente nuestra atenci6n en las dos 6ltimas: la del a1o 1000 y la de 1002.

Cinco a1os han transcurrido desde la derrota de Garc3a Fern3ndez. En tierra soriana, entre Langa y Alcozar, a6n deben de quedar charcos de su sangre, porque la sangre de los h6roes, como la de los m3rtires, no se la bebe la tierra.

Meses m3s tarde llegan a Castilla los restos del buen conde y reciben cristiana sepultura en Cardena. 3Qu6 piensa, ante ellos, el hijo que un mal d3a se alz6 contra su padre? 3Qu6 piensan los caballeros que dejaron s6lo al conde? 3Qu6 piensa Castilla entera?

No hay duda de que se produce una contrici6n general y en todas las conciencias aparece una misma decisi6n: luchar.

Sancho Garc3a seguir3 las huellas de su padre Garc3a Fern3ndez y de su abuelo Fern3n Gonz3lez.

Estamos en el a1o 1000. El joven conde castellano se pone frente a una coalici6n cristiana que abarca «desde Pamplona a Astorga».

R3pidamente responde Almanzor, lanzando una expedici6n a Castilla, la llamada «expedici6n de Cervera». Las fuerzas cristianas se re6nen algo al norte del valle medio del Duero, m3s all3 de *Clunia*, en el macizo de Pe1a Cervera. La victoria de Almanzor ni fu6 rotunda ni fu6 brillante. El trat6 de explotar la precaria victoria con algunas incursiones de castigo. Y

cuando regresó a Córdoba se sabe que amonestó severamente a sus tropas.

La última campaña, la del verano del año 1002, la dirigió contra la Rioja, dependiente de Castilla. El ejército de Almanzor avanzó hasta Canales; luego saqueó el monasterio de San Millán.

Al regreso de esta campaña, cuyo final fué sin duda anticipado, Almanzor murió en Medinaceli la noche del diez al once de agosto.

¿LEYENDA O REALIDAD?

Una tradición secular señala que Almanzor fué derrotado en la batalla de Calatañazor.

Dos cronistas del siglo XIII, Lucas de Tuy y Rodrigo de Toledo, son los primeros, por los datos que hoy disponemos, en consignar esta derrota.

Según Lucas de Tuy, Almanzor, tras el saco de Santiago, tuvo que hacer frente a una coalición formada por Vermudo II de León, García Fernández de Castilla y García Sánchez de Navarra.

Se entabló combate cerca de Calatañazor, pereciendo muchos miles de musulmanes. Amparado por la noche pudo huir Almanzor. Al día siguiente, el real cordobés fué tomado y saqueado. Este descalabro produjo a Almanzor tanto abatimiento, que murió apenas llegado a Medinaceli. Y aún añade, como destaca el notable arabista señor García Gómez, «aquella impresionante conseja de que el día de su muerte y a orillas del Guadalquivir, una especie de pastor (tal vez el diablo disfrazado) aparecía y se esfumaba, si se le acercaba gente, para reaparecer más lejos, repitiendo entre sollozos este estribillo, tan persistente, que aún dura su eco en todos los oídos españoles:

*En Calatañazor
perdió Almanzor
el tambor.*

Un tambor que acaso quería decir *la soberbia alegría*».

Dozy, en el siglo XIX, negó todo valor histórico al relato anterior, basándose en que Almanzor, en el año 1002, no volvía del saco de Santiago, que tuvo lugar cinco años antes. Y que los jefes de aquella coalición habían muerto todos en la fecha señalada.

Dozy ve en esta historia el eco tardío de una leyenda destinada a interpretar la inesperada muerte de Almanzor como un castigo del cielo por la afrenta de Santiago de Compostela.

En el pasado siglo, Saavedra y Codera, defendieron la tesis de la derrota de Calatañazor. Saavedra señala: «Las circunstancias con que este encuentro se refiere convienen puntualmente con las indicaciones del terreno. Queriendo los muslines retirarse a su país desde los campos de Calatañazor, era el camino más derecho y seguro no pasar el Duero, tomar la cuesta del arroyo de Fuente-la-Aldea, el cual conduce sin rodeos ni dificultades estratégicas hasta su desembocadura en aquel río, cerca del pueblo de Andaluz, en donde aún existe un puente que lleva el mismo nombre y que sirvió para el paso del ejército, según cuentan las historias. Para ir desde Medinaceli debían subir por la cuenca del río Escalote, que viene de Radona y pasa, tomando su nombre, por el pueblo de Bordecorex, que debe de ser el *vallis Borgecorexi* del arzobispo don Rodrigo (acaso torre del Corax o del Cuervo), el *Vegacorax* de la Crónica General y el *Walcorari* de Conde, donde enfermó o murió Almanzor».

Don Ramón Menéndez Pidal estima que

el origen de la leyenda de esta batalla se debe a la actitud agresiva del conde Sancho García, con pequeños éxitos, cuyo recuerdo ha guardado la epopeya castellana, ampliándolos poco a poco.

Lévi-Provençal cree que la leyenda encontró su origen, probablemente, en el recuerdo de la derrota que Almanzor estuvo a punto de sufrir el mes de julio del año 1000 en Peña Cervera. Este encuentro, a pesar de todo, representaba, por primera vez desde hacía mucho tiempo, y gracias al esfuerzo de un caudillo decidido e intrépido, Sancho García de Castilla, la voluntad de resistir y la solidaridad de Castilla, León y Navarra frente al permanente riesgo de la ofensiva musulmana.

Don Emilio García Gómez comparte la opinión anterior, y añade: «La estricta verdad depura la historia, pero no nos impide conservar la leyenda. ¿Hubo batalla de Calatañazor? Seguramente, no. Pero, aun cuando sea sin victoria, la gloria del conde de Castilla crece todavía más a nuestros ojos. Y, por otra parte, es indudable que, como lloraba el demonio a orillas del Guadalquivir, «en Calatañazor (o, más en general, por tierras de Soria) perdió Almanzor su alegría, aun cuando fuera sin derrota».

Por último, fray Justo Pérez de Urbel funde la leyenda en el crisol de la Historia. Piensa que, tras el saco de San Millán, Almanzor se vió obligado a volver a Medinaceli por el agravamiento de una enfermedad que había empezado a sentir algún tiempo antes, sin que sus médicos diagnosticaran de acuerdo. Era preciso ocultar al enemigo aquella retirada y sus circunstancias y se escogió el camino menos usual, bordeando el Urbión y penetrando en Soria por el puerto de Santa Inés. Almanzor era transportado en una litera.

Sancho, que vigilaba la línea del Duero,

debió de conocer cuanto ocurría y no quiso desaprovechar la oportunidad.

Rechaza el P. Pérez de Urbel las noticias del Tudense: «Pero—añade—podemos aceptar como realidad histórica un éxito parcial de los castellanos, localizado por la tradición en la villa soriana de Calatañazor.»

En conclusión, los errores de gran bulto del Tudense fueron los peores enemigos de la única verdad histórica que proporcionaba: la de relacionar el fin de Almanzor con Calatañazor.

Por otra parte, la escasez de datos referentes a las expediciones militares de Almanzor ha contribuído, en buena parte, a mantener algunas dudas referentes a este punto concreto.

Los modernos hallazgos y estudios de notables arabistas permiten aproximarnos al hecho histórico: la grave enfermedad de Almanzor, aparecida en plena expedición, en suelo mortalmente enemigo, y a tanta distancia de Córdoba, produjo entre las tropas musulmanas el mayor desconcierto. No olvidemos que esas mismas tropas, que año tras año llevaban a su diestra la victoria, habían dado ya muestras de cansancio y habían sido duramente amonestadas. En este momento, con el jefe moribundo, llevado en una pesada litera, los soldados sentían temor, angustia y cansancio.

El viaje de retorno tuvo que ser cuidadosamente elegido. Se optó por el menos frecuentado, es decir, por el puerto de Santa Inés, aprovechando la calzada romana hasta Salduero. Desde allí, para salir de la temible y temida Castilla, debían evitar la línea militar del Duero. Es verdad que les aguardaba el paso peligroso de Calatañazor. Pero lo aceptaron como mal menor y por ser el camino más directo hasta Medinaceli.

Este punto es el que vió con toda clari-

dad el notable erudito y admirable ingeniero de caminos don Eduardo Saavedra.

Por mucho que quisiera el estado mayor musulmán silenciar y ocultar aquella retirada dramática, fué sin duda imposible que no llegaran noticias a Sancho García, quien rápidamente se dispuso a aprovecharse de la providencial coyuntura.

No pudo haber gran batalla, porque el ejército musulmán, aparte de su natural desconcierto, tiene en ese momento un solo objetivo: que Almanzor llegue cuanto antes a suelo propio. De tropas de choque se han convertido en tropas de cobertura.

La estrategia árabe logró que el caudillo atravesara Calatañazor. Pero sin duda fué con el precio de la sangre de muchos de sus soldados. Esto no lo ignoraba el águila moribunda. Enfermo, vencido, huyendo impotente, el nombre de Calatañazor se le clavó en el alma, y con él, precisamente con él, perdió para siempre su alegría.

Las campanas de Calatañazor volteaban enloquecidas por la alegría. Su glorioso repique debió de ser escuchado hasta el último rincón castellano arrancando lágrimas de emoción y de alegría. Y todas las campanas cristianas se contagiaron y cantaban delirantes la buena noticia.

Tan alto y fuerte sonaban, que hasta en el Guadalquivir las oyeron, y un diablo, disfrazado de pastor, lanzaba su lúgubre sollozo.

*En Calatañazor
perdió Almanzor
su tambor.*

En el harén de Almanzor, unas princesas cristianas se postraban de rodillas y se sentían purificadas por la presentida libertad del pobre convento de monjas, con el que tanto habían soñado.

He aquí las palabras que, a modo de

epitafio, le dedica un siglo más tarde la Crónica Silense:

«En esta tempestad, todo culto divino pereció en España; cayó toda gloria de los cristianos; los tesoros acumulados en las iglesias fueron robados en su totalidad, hasta que por fin la Divina Misericordia, compadeciéndose de tanta ruina, dignóse alzar esta desdicha de sobre la cerviz de los cristianos. Porque el año 1002, arrebatado Almanzor por el demonio, a quien él había encarnado en vida, en Medinaceli, grandísima ciudad, fué sepultado en el infierno.»

Dejando aparte los designios de Dios, si diremos que los restos de Almanzor recibieron sepultura en Medinaceli. Es tradición que fué enterrado «en el cerro del cuarto». En un paisaje lunar, en el que se elevan unos cerros cónicos, una extraña numeración de los mismos convierte en enigma aquel que guarda las cenizas de Almanzor. Pero esta tierra, a un tiempo desolada y bella, infunde un extraño prestigio al guardar los despojos de aquel que había encarnado en vida al propio demonio.

«Su sepulcro, según dicen —ha escrito García Gómez—, ostentó un epitafio que, sobre la traducción de Conde, versificó con elegancia Moratín:

*Tal fué, que nunca en sucesión eterna
darán los siglos adalid segundo,
que así, viniendo en guerras, el imperio
del pueblo de Ismael acrezca y guarde.*

Los siglos han consumido todo el aparato externo de aquel sepulcro. Y permanece el recuerdo de aquello que era más alado: las palabras del epitafio.

Almanzor y Calatañazor: dos nombres que el destino unió hace casi diez siglos y que continuarán unidos hasta la consumación de los tiempos. Las ruinas del castillo montan la guardia incansablemente.

Es cierto que la explosión de alegría y la sensación que experimentaron los cristianos de haber despertado de una angustiosa pesadilla eran, desgraciadamente, prematuras. A Almanzor sucedió su hijo Abdelmélík, que resultó un fiel continuador de los procedimientos de su padre. Sancho tuvo que desplegar todo su gran talento político y toda su habilidad para sortear los peligros. Por fortuna para la cristiandad, Abdelmélík murió inesperada y prematuramente en el año 1008. Córdoba conoció las desdichas de la guerra civil, y Sancho aprovechó la oportunidad apareciendo en la corte de los califas, reponiendo en ella la autoridad de Suleimán, lo que le valió cuantiosas riquezas y la anexión de doscientas localidades a Castilla.

«Hoy vemos con claridad —escribe el arabista García Gómez— que el gran castigo de Almanzor fué la ruina póstuma e increíblemente rápida de su gran imperio, que en unos veinte años quedó por completo anulado.»

VIAJE EL AÑO MIL

Los siglos XI y XII son para Soria —y en general para Castilla— época de gestación de su personalidad histórica. Mientras la dinastía leonesa, tradicionalista, decae, muestran extraordinario vigor Castilla y Navarra.

Alejado el peligro musulmán, Sancho el Mayor trae a la tierra llana el camino de Santiago, haciendo que afluyan a Compostela innumerables peregrinos europeos. El mismo rey introdujo la reforma cluniacense en San Juan de la Peña y en otros cenobios. Se cambia la liturgia visigótico-mozárabe por la romana. Y al arte mozárabe sigue la arquitectura románica.

En la frontera de Medinaceli, un mo-

zárabe escribe el inmortal poema del Cid. El soriano valle de Arbujuelo es, al decir de Menéndez Pidal, el eje central de toda la geografía del poema.

En este constante y múltiple resurgimiento, los condes y los reyes otorgan exenciones a las villas para su repoblación. Estos fueros son el principio de las libertades municipales. Así tenemos el Fuero dado al alfoz de Andaluz en 1089, y el Fuero breve de Soria, otorgado por Alfonso I de Aragón, al repoblarla entre los años 1109 y 1114.

No hay duda de que, con las noticias de la derrota y muerte de Almanzor, Calatañazor aumentó grandemente su prestigio y fueron muchos los que marcharon a vivir allí, acaso con exceso.

Cuando se produjo la repoblación de Soria, parte de ella procedía de localidades de la región, como lo atestiguan los sobrenombres de nueve de las treinta y cinco parroquias sorianas que se enumeran en el Fuero de Alfonso VIII: San Juan de Rabanera, San Juan de los Naharros, San Martín de Canales (el Canales que sufrió la última embestida de Almanzor), San Miguel de Montenegro, San Juan de Muriel, San Miguel de Cabrejas, Santa María del Espino y Santa María de Calatañazor.

Aquellos repobladores de Soria que procedían de Calatañazor fueron los fundadores del linaje de su nombre, uno de los doce linajes sorianos.

Su escudo de armas está formado por tres fajas de oro en campo de sangre. Forma parte del escudo rodado de los linajes sorianos. Remonta, según unos, al conde Fernán González y, según otros, a Alvar Alvarez, capitán y compañero del Cid.

Los caballeros del linaje de Calatañazor fueron: Alvarez de la Salma (o de la Palma), Arcos (o Arcas), Contreras, Montenegro,

Rivera, Tapia, Sandoval y Vallejo. A sus expensas levantaron junto al Postiguillo, en Soria, su parroquia de Santa María. En ella celebraban sus juntas y acordaban sus decisiones.

Otro dato revelador de la importancia de Calatañazor en el siglo XII nos lo proporciona la existencia de tres iglesias románicas: Nuestra Señora del Castillo (hoy, la Parroquia), La Soledad y San Juan Bautista.

«Naturalmente —escriben los señores Taracena y Tudela—, la geografía del románico popular obedece, en el tiempo, a la marcha de la reconquista y consiguientes repoblaciones, y en arte, a la influencia de los próximos y suntuosos templos. Las llaves de Castilla (pasos del Duero occidental y primera tierra repoblada) son la cuna soriana del románico, de un arte expresivo y de rudas proporciones conservado en las iglesias de San Esteban de Gormaz y su comarca, que luego se extiende por Burgos, Segovia y Avila, llegando por el occidente provincial y en época tardía hasta Omeñaca.»

Respecto a las iglesias románicas de Calatañazor, o mejor dicho, de lo que de ellas queda, seguiremos la magistral descripción del historiador del románico en la provincia de Soria y notable crítico de arte. Juan Antonio Gaya Nuño.

Nuestra Señora del Castillo.—Ha sido sustituida enteramente, aparte de su muro occidental, donde excepcionalmente se abre la puerta. En este muro de sillería de piedra esponjosa es curiosa la ordenación de la fachada, en cuya parte superior se abrían tres huecos de medio punto, bajo el central de éstos, un gran óculo, de arcos lisos y descentrados de éste hacia la izquierda; tres arquitos ciegos se apoyan en el alfiz de la puerta. Los de los extremos son arcos

escarzanos sobre jambas, y el central, cuatrilobulado, con capitelillos de flora regional, tiene un aire francamente árabe. En cuanto a la puerta, de medio punto, lleva arquivoltas de pobre labor incisa con roleos y hojas picadas, además de las lisas. De los cuatro apoyos, con basas algo altas, los capiteles son de grifos, sirenas, una figura cabalgando y vegetales revueltos. Los ábacos, de bifolias, y, encuadrando el arco, un alfiz rectangular con ornamentación de roleos ondulantes. El alfiz, elemento indispensable de la arquitectura cordobesa, no debieron concebirlo los alarifes medievales sino encuadrando un arco de herradura, y, sin embargo, en todo el arte mozárabe no se usó sino en el arco de triunfo de Santa María de Lebeña, en el de San Miguel de Celanova y en Escalada. Por ello, aún es más de extrañar su aparición en el románico castellano, bien explicable en nuestro caso por la gran cantidad de musulmanes que quedarían en la ciudad después del paso de Almanzor.

La Soledad.—Con tres de sus muros restaurados. La puerta, en el muro norte, presenta ya el aire que han de tomar en el románico oriental de Fuensaúco. Lo que mejor se conserva es el ábside. Los capiteles de los contrafuertes son magnífica reproducción de otros de Silos. Tres ventanas de aspillera, una de ellas, interesantísima, lleva seis lóbulos por toda decoración en la boca de la aspillera, dentro de una orla de vegetal. Es muy importante observar aquí este ornato tan árabe primitivo. Esta ascendencia árabe se da insistentemente en Calatañazor. Encima de la ventana de que hablamos hay un relieve con la figura de un músico.

San Juan Bautista.—Sólo se conservan las ruinas. La iglesia era de una sola nave, presbiterio y ábside. La puerta, de pobre decoración.

En resumen: la decoración del románico de Calatañazor es muy rica en detalles árabes y silenses.

Al actual visitante de Calatañazor le reserva esta villa impar el sugestivo encanto de ir descubriendo restos —algunos bellísimos— de pasada riqueza.

La labor devastadora de los siglos no ha sido capaz de borrar toda huella de estos mudos testigos que proclaman la vida de los hombres que en aquellos siglos vivieron en Calatañazor y constituyen los hitos o jalones de continuidad a través de los tiempos.

Del siglo XIII es la bella talla románica de Nuestra Señora del Castillo, ante la cual rezan y han rezado las generaciones de siete siglos. Su mismo nombre —Virgen del Castillo— nos advierte que Calatañazor fué siempre, fundamentalmente, una fortaleza, hasta el punto de dar su nombre a la Reina de los cielos, que lo era también de este castillo singular y glorioso: el que hizo perder la alegría de Almanzor.

Del siglo XV encontramos el Santo Cristo de Calatañazor. Es una talla pavorosa, cuyo recuerdo, una vez contemplada, no se borra fácilmente de la memoria. Sus ojos benditos parece que guardan las miradas dolorosas de generaciones y generaciones, las agonías de infinitos moribundos; la indecible angustia de los condenados a muerte.

El Santo Cristo de Calatañazor es alma y eje de una *Concordia*, de las que tanto abundan en la provincia de Soria. Reciben el nombre de *Concordias* unas instituciones en las que se integran un determinado número de pueblos para dar, un día señalado del año, culto común a una imagen religiosa, generalmente de la Virgen Santísima, de Jesús Crucificado o de algún santo.

En la fecha de tales celebraciones es cos-

tumbre que se reconcilien aquellos vecinos que se encuentran enemistados, sin que pueda faltar al menos una representación de cada casa de las enclavadas en el área de dicha Concordia.

A la fiesta religiosa y a esa otra de reconciliación general sigue el festejo hondamente popular, propio de las romerías.

Luego veremos los pueblos que integran el Arciprestazgo de Calatañazor y Concordia del Santo Cristo.

También se conservan, del siglo XV, cuatro tablas góticas, restos, sin duda, de algún desaparecido retablo, que representan: *La oración del Huerto*, *El prendimiento*, *La flagelación* y *La cruz a cuestas*.

Estas tablas, según la autorizada opinión del marqués de Lozoya, son de escuela castellana. Hoy se hallan en la iglesia parroquial y proceden de la ermita de la Soledad.

También puede contemplarse en la parroquia una *Dolorosa*, de escuela flamenca, del siglo XV, según el marqués de Lozoya.

En la espaciosa plaza de Calatañazor podemos contemplar algo que probablemente pertenece también al siglo XV. Se trata de la *picota* o *rollo*, «gentil árbol berroqueño, que suele llevar hombres, como otros frutos», como lo definió Luis Vélez de Guevara; «muerta estatua del Derecho Penal», al decir de un escritor moderno.

Hoy usamos los nombres de *rollo* y de *picota* indistintamente y como voces sinónimas. Según la enciclopedia jurídica de Seix, «estos dos nombres expresan un doble aspecto distinto de las dos cosas. Materialmente, el pilar en que consiste es *rollo* en el cuerpo, *picota* en la culminación. Mientras simbólicamente, la palabra *rollo* expresa una idea política —la soberanía territorial con la jurisdicción inherente— la de *picota* expresa una idea punitiva».

El *rollo*, pues, de Calatañazor representa

la autoridad de don Juan de Padilla, adelantado mayor de Castilla y señor de la villa y tierra, según documento de 13 de abril de 1460, que se conserva.

De 22 de diciembre de 1567 se conserva una ejecutoria, dada en Valladolid a Alonso de Marquina, de Calatañazor, alcaide que era de la fortaleza, siendo señores de la villa doña Luisa de Padilla, adelantada mayor de Castilla, y su hijo don Juan. Vemos, por consiguiente, que Calatañazor pertenece al patrimonio de la familia Padilla.

En el siglo XVI parece que fué una época de esplendor para la villa de Calatañazor. La iglesia parroquial se amplía, no conservando de la primitiva románica más que lo anteriormente descrito y quedando convertida en una amplia iglesia ojival de una nave, con un estimable retablo en el altar mayor.

En la sacristía hay un *San Sebastián*, también del siglo XVI, y una hermosa custodia de plata.

El historiador don Juan Loperráez escribía en 1788: «Por instrumentos del archivo se sabe que por el año de mil y quinientos había en ella (en Calatañazor) muchos menestrales con el ejercicio de bordadores de seda y crecidos caudales; pero en el día los más de sus vecinos son labradores.»

Estas pocas líneas constituyen, hasta la fecha, la única documentación respecto a los famosos bordadores de Calatañazor. Queda, y esto es lo importante y decisivo, obra salida de sus manos.

Don Nicolás Rabal, en 1883, visitó la catedral de Burgo de Osma, y refiriéndose a aquella visita escribe: «Una riqueza inmensa tiene, además, la catedral del Burgo en ornamentos sagrados, pinturas y tapicerías que sería prolijo enumerar. Lo que más llamaba la atención eran cinco grandes

cuadros arreglados con retazos, según se cree, de unos magníficos tapices en seda con realce de plata y oro, que representaban la Sacra Familia y los Apóstoles, procedentes de una antigua fábrica de sedas que hubo en tiempos en la pequeña y célebre villa de Calatañazor. Ignórase hasta el sitio donde estuvo esta fábrica y la época en que floreció; pero todos convienen en que existió realmente, y por tradición se señalan como de aquella fábrica los ternos de que están llenas la catedral y muchas iglesias de la diócesis.»

Pero la fama de las ropas de Calatañazor no fué sólo local. En la admirable colegiata de Santillana del Mar hay una capa pluvial de 1538 que salió de Calatañazor. En el inventario figura: «una capa de carmesí colorado». A un lado, una tira con tres recuadros: un apóstol en cada uno de ellos. Al otro lado, la Inmaculada, Santa Juliana y un apóstol. En el medallón, la Flagelación.

El hecho de que en esta capa aparezca la imagen de Santa Juliana —patrona de Santillana— es claro indicio de que fué realizada por encargo especial de la villa montañesa, por haber llegado hasta allí la justa fama de los bordadores de Calatañazor.

No parece propio el término de *fábrica*. Parece más lógico pensar que, instalándose en la villa alguna familia de bordadores, lograran crear escuela, que se fué extendiendo en la localidad a medida que aumentaba su fama, constituyéndose un selecto gremio de bordadores, con «crecidos caudales».

Del siglo XVII puede hoy contemplarse un fino y bellísimo balcón de hierro forjado, lleno de gracia y donaire.

El siglo XVIII representa para Calatañazor —como en general para toda la provincia de Soria— un momento de esplendor.

«El señorío de la villa —escribe Loperráez— es de la casa de los excelentísimos duques de Medinaceli, por haber recaído en ella la de los Padillas, adelantados de Castilla: pone alcalde mayor y se extiende su jurisdicción a todos los pueblos de que se compone el arciprestazgo, por ser igualmente de la casa.

»Se conoce que antes de ahora fué población muy crecida, porque se sabe por documentos tuvo en lo antiguo las parroquias de San Martín, Santa Columba, San Juan Bautista, San Nicolás, San Miguel, Santa María Magdalena, Santa Ana, San Lorenzo, San Roque y Nuestra Señora de Fuentemayuel, que estaba en un barrio que era como un arrabal de la villa.

»El sitio de ellas se conserva aún en el día —escribe Loperráez en 1788—, y algunas con el nombre de ermitas, y el arrabal se despobló por el año de mil quinientos y noventa, anejándose sus términos a la villa, según resulta de una cédula del rey don Felipe el II, dada en Madrid a ocho de febrero de mil quinientos noventa y uno, y una certificación de Gabriel de Santa Cruz, su contador de rentas, hallándose sólo al presente con un lugar por arrabal, que llaman la Aldegüela.

»En el día está reducida la villa al recinto del alcázar que dominaba a la antigua: se halla murado su contorno, y con algunos torreones, aunque ya se ve la mayor parte por el suelo. No tiene más que una parroquia que mucha parte de ella es bastante antigua, y tiene el título de Nuestra Señora del Castillo, y antes tuvo el de San Salvador.

»Tiene esta arciprestazgo, de norte a sur, dos leguas y media, y de oriente a poniente, cuatro. Confronta por el norte con los arciprestazgos de Cabrejas y Rabanera; por mediodía, con el de Andaluz; por oriente, con el de Rabanera, y por poniente, con el de Osma.

»Se compone de diez y ocho pueblos, todos de la jurisdicción de Calatañazor, como dexo dicho, y repartidos en tres quintas, que son las de La Cuenca, Blacos y Río seco. En todos ellos hay once parroquias, y siete anejos, con los nombres siguientes: Calatañazor, villa; La Aldegüela, anejo; Blacos, La Torre de Blacos, La Revilla, Fuente la Aldea, La barbolla, anejo; Río seco, La Mercadera, anejo; La Cuenca, La Mallona, Nódalo, Nafría, anejo; Monasterio, Escobosa, anejo; Valdealvillo, Avioncillo, anejo; La Muela, anejo».

Todos estos pueblos integran la Concordia del Santo Cristo de Calatañazor.

El visitante actual de Calatañazor puede aún contemplar algo que, desgraciadamente, va desapareciendo. Nos referimos a la casa popular pinariega soriana. Y dentro de ella, la habitación más importante —y, desde luego, la más característica e interesante—: la *cocina*.

En cuanto penetramos en la villa quedamos sorprendidos ante el curioso e interesante conjunto de sus edificios. Casas que burlan la ley de la gravedad y se asientan sobre torcidos postes de madera; atrevidos balcones que avanzan como proas bajo las amplias viseras de los grandes aleros de madera. Fachadas de ladrillo y pies derechos de madera, y otras de colondas, bardas y barro. Todo un maravilloso muestrario de la construcción popular soriana se abre ante nuestros ojos atónitos de tanta belleza y gracia. Y por si fuera poco, el brutal contraste de alguna construcción moderna con la desolada fealdad del cemento, realzando el milagro de belleza de las viejas y venerables construcciones.

La tradicional hospitalidad de los habitantes de esta villa nos permitirá admirar una de estas admirables cocinas, cuya descripción dejamos a las doctas plumas de

dos arquitectos sorianos, los señores Herre-ro Ayllón y Antón Pacheco:

«A una altura aproximada de dos metros a dos veinte del suelo se ponen unas soleras sobre el cuadrado de los muros, y sobre ellas, en cada esquina, se clava un madero que hace el paso de la planta cuadrada a la octogonal. En estos maderos y soleras se abren orificios distantes entre sí un pie o pie y medio, para introducir en ellos unas largas varas (de longitud bastante para que la boca esté a una altura aproximada de 7 m.) que se recogen en el otro extremo en análogos agujeros de un aro de madera. Con esto se ha construído el armazón de la chimenea y se forma un tejido de cestería que por el interior se recubre de barro y se encala. La parte que sobresale del tejado (unos dos metros por el medio) se recubre de barro y trozos de teja. Sobre el aro de madera de la boca se coloca un copete de cuatro tablas que se clavan por la parte inferior en él, y por la superior en un tarugo de forma característica que las reúne, copete que impide bastante la entrada del agua y de la nieve. De estos copetes se encuentran tres o cuatro tipos, todos ellos rudimentarios y esquemáticos, pero no exentos de gracia.

»El hogar está formado por una gran losa de arenisca apoyada sobre el suelo, con una placa de hierro encima y por el trasfuego, que es de ladrillo y tiene frente a la lumbre una chapa de hierro trabajada artísticamente. Adosado a la cocina está el horno.

»Un escaño de madera con un tablero abatible que sirve de mesa, completa la cocina. En las paredes lucen las viejas vasijas de cobre luciente, y en palos travesaños cuelgan los jamones y chorizos de la matanza.

»Aquí, en torno del hogar, se desarrolla la vida familiar, y en las largas veladas del

invierno, en los «trasnochos», la vida social y de relación. Y donde los abuelos entregan —tradición— a sus nietos el tesoro de sus recuerdos y consejas, uniendo sutilmente los eslabones de la cadena humana y evitando las generaciones robinsonas y sin enlace con el pasado.»

Calatañazor es una maravillosa supervivencia de un poblado medieval. Recorrer sus calles, pasear por su plaza es seguir un curso vivo de nuestra historia durante la Edad Media. Julián Marías, que tanto y tan bien conoce esta maravilla, ha escrito unas memorables páginas sobre Calatañazor. Y con supremo acierto las ha titulado *Viaje al año mil*, que es toda una definición. He aquí la admirable descripción que hace Marías de una puesta de sol, contemplada desde el castillo de Calatañazor:

«En el ocaso, el sol. Un globo rojo que va hinchando y vertiendo su sangre por el horizonte. Ni una sola nube. Llegan cercanas, cruzando un prodigioso cristal de aire, voces agudas de las figuras lejanísimas. Tan lejanas, que no son nuestras; que no son de nuestros contemporáneos. Dentro de un rato, cuando el sol, que se está ennegreciendo por el borde, se haya escondido; cuando se haga mayor el silencio y triunfe el violeta y las estrellas hagan su algará súbita sobre el pueblo cristiano, subirán a las casas, encenderán el fuego, pedirán noticias del conde Sancho García, que va a entrar con mesnadas en tierra de moros, y escucharán al viento oscuro, hasta que llegue el sueño y el escenario se traslade de la tierra invisible al cielo altísimo y profundo que cuenta las horas en el reloj de sus constelaciones, impasible y siempre el mismo, milenio más, milenio menos.»

Parece una espléndida metáfora literaria, y lo que enuncia Julián Marías es una

sencilla y profunda verdad: Calatañazor no cuenta su tiempo por relojes usuales, sino por el de sus constelaciones. En vecindad inmediata con sus nubes —agua y nieves de sus tierras de labranza— y con su cielo —alto cielo de Castilla—, Calatañazor es un puro milagro en el tiempo y en el espacio. Es medieval sin ser anacrónico. Está sobre un rotundo peñasco como podría estar prendido en una nube. Cuando sus mujeres —mozas y de edad— bajan a la fuente, con sus cántaros a la cabeza, en escorzo gentil y armonioso, comprendemos que esta villa, cargada de resonancias históricas, no es, en modo alguno, un petrificado museo, sino un viejo remanso de la eterna «Castilla gentil».

Cuando sus hombres vuelven de las tierras de labor, al paso grave de sus yuntas, y con afable mesura, llena de viejo señorío, saludan al forastero, le atestiguan ese soberano sentido realista y concreto que tiene la vida del campesino castellano, lo mismo cuando ara que cuando ora.

Y cuando en la augusta plenitud de la tarde irrumpe la bandada de chicos que salen alegres de la escuela, comprende el visitante que Calatañazor es, además de todo, porvenir. Y que «milenio más, milenio menos», estos hijos del Calatañazor actual son iguales que los de «entonces» y que los venideros. Hombres enteros y verdaderos, símbolos perennes de la prodigiosa tierra en que nacieron.

MIRANDO HACIA EL FUTURO

Pero es justo, razonable y natural que los más finos espíritus actuales se preocupen por el mañana de esta joya singular.

La Comisión Provincial de Monumentos de Soria, y a propuesta de don José Antonio Pérez-Rioja, acordó, en sesión cele-

brada el 12 de septiembre de 1952, pedir a la Real Academia de la Historia que se declarase lugar histórico-artístico nacional a Calatañazor.

Dicha Real Academia, percatada del interés y procedencia de la citada petición, encomendó al ilustre y docto académico don Miguel Lasso de la Vega, marqués del Saltillo, que informara acerca del particular.

He aquí el notable informe que la Real Academia presentó a la Dirección General de Bellas Artes, con fecha 27 de marzo de 1953:

«La Comisión Provincial de Monumentos de Soria acordó, en sesión de 12 de septiembre del año anterior, pedir la declaración de lugar de interés artístico nacional, confiando la gestión de esta Real Academia en favor de CALATAÑAZOR. La villa de este nombre, situada en las inmediaciones de la vía romana de Uxama a Augustóbriga, se mantiene decaída y en ruinas, con el aspecto peculiar poético que comunica el tiempo a cuanto es víctima de sus estragos. Pero para evitar que sus piedras venerables sirvan de cimiento a construcciones modernas o sean pasto de la apatencia vecinal para otros menesteres, consideramos muy conveniente aquella declaración, por las circunstancias que en dicha villa concurren. Plaza fortificada de la línea de demarcación cristiana en la Reconquista, establecida en 950, su localización va unida a la derrota del amirida Almanzor, cincuenta y dos años después. Señorío de los Padillas, de los cuales, dos fueron grandes maestros de Calatrava. Descuella entre ellos el primer adelantado de Castilla de los de su casa Juan de Padilla, tan señalado por su arrojo, valor, prudencia y generosidad, conjunto de virtudes poco frecuentes en una sola persona.

Alonso de Palencia, su contemporáneo,



lo describe como muy gentilhombre, tanto que en su tiempo no se hallaba otro más dispuesto y de mayor corazón. El rey don Juan II, que le distinguió mucho, le encomendó la educación de su hijo don Alfonso, por su prudencia y moderación, iguales a su ardimiento. En efecto, se señaló en la batalla de Guadix, en 1435, con Fernán Alvarez de Toledo, señor de Valdecorneja, el obispo de Jaén y el señor de Higares, a quien debió no perecer allí, pues, muerto su caballo, recibió dos saetas por defender al obispo de Jaén, y una lanzada en el muslo que lo dejó tendido en el campo a merced de los enemigos, si no hubiera sido por el señor de Higares. El marqués de Villena, don Juan Pacheco, le renunció en 1456 el cargo de adelantado mayor, cuya merced había recibido de don Juan II el 22 de junio de 1451, y aprobada la dejación en su favor por el rey en Segovia a 20 de enero de 1456, se expidió privilegio rodado en Madrid el 9 de febrero de 1458, «porque en vos concurren —decía aquél— e se encierran todas las cosas e virtudes

que adelantado elegido y puesto por rey debe aver».

Pleno de buenas obras, no siendo la menor haber reparado su fortaleza en Calatañazor, pasó a mejor vida en 1458. Sus descendientes con el apellido Manrique de Padilla fueron condes de Santa Gadea y se refundieron en los duques de Uceda y de Lerma, y como casa agregada a una tan principal, decayó prontamente, como con razón prevefa la ley séptima de la Nueva Recopilación, al evitar la refundición de mayorazgos.

El recuerdo del señor de Calatañazor merece ser conservado unido a su villa soriana, cuya decadencia y peligro inminente de llegar a más lamentable postración debemos impedir.

Lo que en nombre de esta Real Academia, y cumplimentando su acuerdo, tengo el honor de comunicar a V. I., cuya vida guarde Dios muchos años.—Madrid, 27 de marzo de 1953.—El Académico Secretario Perpetuo V. Castañeda.—Ilmo Sr. Director General de Bellas Artes.»

INDICE

	Págs.
Castillo de las águilas	3
Calatañazor tiene historia	5
Ibn Abi 'Amir	10
El victorioso por Alá	13
Azote de Dios	16
¿Leyenda o realidad?	18
Viaje al año mil	21
Mirando hacia el futuro	27

TITULOS PUBLICADOS

- N.º 1.—Vista, suerte y al toro.
 N.º 2.—Fiestas y ferias de España.
 N.º 3.—Artesanía.
 N.º 4.—Los territorios españoles del Golfo de Guinea.
 N.º 5.—El crucero «Balears».
 N.º 6.—Falla, Granados y Albéniz.
 N.º 7.—Conquista por el terror.
 N.º 8.—España en los altares.
 N.º 9.—La gesta del Alto de los Leones.
 N.º 10.—Ex combatientes.
 N.º 11.—La batalla de Teruel.
 N.º 12.—Vida y obra de Menéndez y Pelayo.
 N.º 13.—Residencias de verano.
 N.º 14.—Españoles esclavos en Rusia.
 N.º 15.—La batalla del Ebro.
 N.º 16.—Clima, suelo y agricultura.
 N.º 17.—Eliminados.
 N.º 18.—La batalla de Brunete.
 N.º 19.—La industrialización de España.
 N.º 20.—La casa tradicional en España.
 N.º 21.—El general Yagüe.
 N.º 22.—Museos.
 N.º 23.—Oviedo, ciudad laureada.
 N.º 24.—Frente del Sur.
 N.º 25.—División Azul.
 N.º 26.—Donoso Cortés.
 N.º 27.—Regeneración del preso.
 N.º 28.—La «semana trágica» de Barcelona.
 N.º 29.—Calvo Sotelo.
 N.º 30.—Bordados y encajes.
 N.º 31.—Seis poetas contemporáneos.
 N.º 32.—El general Mola.
 N.º 33.—Mapa gastronómico.
 N.º 34.—Orellana, descubridor del Amazonas.
 N.º 35.—«Yo, el vino».
 N.º 36.—El teatro.
 N.º 37.—Víctor Pradera.
 N.º 38.—El Alcázar.
 N.º 39.—Onésimo Redondo.
 N.º 40.—Ciudades de lona.
 N.º 41.—Nuestro paisaje.
 N.º 42.—Fray Junípero Serra.
 N.º 43.—Pedro de Valdivia.
 N.º 44.—Andalucía.
 N.º 45.—Marruecos.
 N.º 46.—Agricultura y Comercio.
 N.º 47.—Escritores asesinados por los rojos.
 N.º 48.—Balears.
 N.º 49.—El comunismo en España.
 N.º 50.—Luchas internas en la Zona Roja.
 N.º 51.—Navarra.
 N.º 52.—Cataluña.
 N.º 53.—La Marina Mercante.
 N.º 54.—Las «checas».
 N.º 55.—El mar y la pesca.
 N.º 56.—Rosales.
 N.º 57.—Hernán Cortés.
 N.º 58.—Españoles en Argelia.
 N.º 59.—Galicia y Asturias.
 N.º 60.—Leyes fundamentales del Reino. (Terceta edición.)
 N.º 61.—Medicina del Trabajo.
 N.º 62.—El cante andaluz.
 N.º 63.—Las Reales Academias.
 N.º 64.—Jaca.
 N.º 65.—José Antonio.
 N.º 66.—La Navidad en España.
 N.º 67.—Canarias.
 N.º 68.—El bulo de los caramelos envenenados.
 N.º 69.—Rutas y caminos.
 N.º 70.—Un año turbio.
 N.º 71.—Historia de la segunda República.
 N.º 72.—Fortuny.
 N.º 73.—El Santuario de Santa María de la Cabeza.
 N.º 74.—Mujeres de España.
 N.º 75.—Valladolid (la ciudad más romántica de España).
 N.º 76.—La Guinea española.
 N.º 77.—El general Varela.
 N.º 78.—Lucha contra el paro.
 N.º 79.—Soria.
 N.º 80.—El aceite.
 N.º 81.—Eduardo de Hinojosa.
 N.º 82.—El Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
 N.º 83.—El Marqués de Comillas.
 N.º 84.—Pizarro.
 N.º 85.—Héroes españoles en Rusia.
 N.º 86.—Jiménez de Quesada.
 N.º 87.—Extremadura.
 N.º 88.—De la República al comunismo (I y II cuadernos).
 N.º 89.—De Castilblanco a Casas Viejas.
 N.º 90.—Raimundo Lullio.
 N.º 91.—El género lírico.
 N.º 92.—La legión española.
 N.º 93.—El caballo andaluz.
 N.º 94.—El Sahara español.
 N.º 95.—La lucha antituberculosa en España.
 N.º 96.—El Ejército español.
 N.º 97.—El Museo del Ejército.
 N.º 98.—1898: Cuba y Filipinas.
 N.º 99.—Gremios artesanos.